

EL MUNDO

Año VI—Tomo II

México, Domingo 12 de Noviembre de 1899.

Número 20

Bellas Artes.



UN BUEN FUMADOR.

Cuadro de A. Schoeder.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

¿De la ópera? No; ningún triunfo que contar, ninguna ópera que admirar, ninguna artista sobre cuyos méritos pueda bordarse la tela de oro de la fantasía.

Tras el desastre de *Otello*, narrado ya por los periódicos del día, nos espera con su risa de mujer frívola, *Manon*. Hay que esperar para hablar entonces de esta linda amiga, á la que ha dado gritos expresivos y notas de inmensa ternura el elegante Massenet.

La semana ha pasado en blanco.

—Blanco sin brillo, blanco de nieve hollada.

El *reporter* tiene en los sucesos vulgares, en la revista negra del delito, un arsenal para sus lucubraciones. El cronista es un mísero imaginativo, á quien no siempre ofrece la vida una dulce mentira que urdir.

La copa del ensueño está vacía.

Porque la llegada de los dos Señores Ministros ha sido publicada con lujo de pormenores. El asunto pasó. No deja huella. Hablaremos de cosas más sutiles, aunque sean menos interesantes.

* *

Un joven literato, de gran valía, después de charlar con algunos cubanos recién venidos á México, de escs que, de cuando en cuando, nos manda la Isla para demostrarnos que hay allí hombres inteligentes y mujeres hermosas, me preguntaba:

—¿Has oído qué derroche de palabras?

—¡Con razón te parece derroche, amigo mío. No estás acostumbrado á estas exaltaciones y las encuentras estupendas si las comparas con nuestro lenguaje flébil y dulce como canto de flauta. Mira: en eso se conoce al cubano; en eso se ve que viene de la tierra que el sol enamora y en un deseo perpetuo besa el mar. Viene deslumbrado, parece que sus ojos siguen contemplando la visión inquieta de la onda, los juegos caprichosos del agua y de la luz, las reverberantes lejanías del horizonte... Y los que están, como él, acostumbrados á ver el mar y el sol, tienden, por la costumbre, á verlo todo desmesurado. Son espíritus en continua tensión lírica. En ese país donde todas las ramas florecen y todos los aires se perfuman, y todos los colores se esmaltan, la imaginación, la eterna soñadora, es una bulliciosa locuela que se entretiene en poner ante la mirada sus prismas de cristal, para que el mundo exterior se bañe en diafanidades, en claras transparencias, en vivos matices, en bandas de iris gloriosos. Y el pensamiento, contagiado por la naturaleza, elabora, sin cesar, ideas brillantes y pomposas—flores de tonos calientes, que se marchitan al abrirse y que se reproducen con infinita variedad, como si el sol que hace bullir la savia en el terruño, fecundara el cerebro con algún polen misterioso.

La observación tropical es rápida, pero viva; la sensación efímera, pero intensa. De aquí ese idioma de metáforas truncadas, ese torbellino de imágenes incompletas, ese hervidero de tropos, ese vértigo de voces que en la conversación improvisada y ligera, van, vienen, saltan, se atropellan, riñen, como tumulto de ebrios en una callejuela. ¿Habéis oído hablar á un cubano? Tiene algo de aquellos caracteres bárbaros marcados por Taine: «á cada paso se rompe el orden regular de las palabras y las ideas. La expresión de los pensamientos no es la misma en el visionario que en el que discurre serenamente.» Un color atrae otro; de un sonido pasa á otro sonido; su fantasía es una serie de cuadros que se suceden sin explicarse. Tuerce y trastorna la frase; grita la expresión viva que le ocurre en el momento; salta de una idea á otra idea lejana. Cuanto más fuera de sí se ve transportada el alma, mayor es la rapidez con que salva grandes intervalos. En una carrera recorre las cuatro partes del horizonte, y toca en un instante objetos que parecen separados por un mundo.

Aquí, las ideas se enmarañan revueltas unas con otras; de pronto, el narrador, merced á un recuerdo brusco, reanuda el pensamiento que interrumpió y corta el que está expresando. Imposible traducir esos pensamientos dislocados.

* *

Es delicioso oír esta charla caprichosa, llena de relámpagos y cabrilleos, que huye de todo lugar común y de todo viejo molde, y á tantees, busca aquí y allá una original fórmula de expresión. El cubano es verboso por naturaleza, tiene un lenguaje intrincado y lujurioso, como la vegetación de su patria.

Al principio, cuando empieza á dejarse oír, los vocablos suenan tristes, prolongados, como un canto melancólico—eco de banjo—con languideces de hamaca. Y en efecto, como en hamaca suspendida en-

tre dos troncos de palmera—abanicos que el sol enrojece—se columpia la pasión adormecida, la fuerte criolla de ojos entrecerrados para que no se escape el alma, y de labios entreabiertos para que no se quiebren las alas del suspiro. Pero llamadla, sacudidla, y veréis cómo se incorpora y abre los brazos, y os estrecha en ellos trágicamente arrebatada y sublime.

* *

Así, á poco de hablar, el cubano llega á la alta nota del entusiasmo, se hace ditirámico, épico, pindárico; todo lo personifica, todo lo eleva, todo lo vitaliza. Es el caballero armado de la hipérbola. Se enloquece con sus mismos vocablos; se embriaga con su propio vino. Sin darse cuenta de ello es orador grandilocuente: se ha subido á una tribuna invisible y perora, como U: sus en su barraca, sin auditorio y sin motivo.

¡Ah, pero qué lúcido y qué brillante el discurso que corre, se disloca, hace remolinos de espuma, jorobeo y salta en frescas salpicaduras, como arroyo de cauce pedregoso! qué pintor escenográfico, que caricaturista eléctrico hay en cada cubano! Un brochazo, una pincelada de bermellón, una embadurnada de azul de Prusia, y allí está el viejo castillo ó la iglesia gótica y el corredor de claustro en ruínas, destacando su masa en el incendio del crepúsculo y bajo la diáfana serenidad de los cielos.

Semejante á esto es la plática de un cubano ilustrado. Temperamento oratorio por predisposición orgánica, llega á dominar por completo los resortes del idioma y á jugar con las imágenes, persiguiéndolas y cazándolas, como los niños con las mariposas.

LUIS G. URBINA.

CRIADERO MODELO

DE

GANADO HUMANO.

Los yankees no dudan de nada y por lo tanto todo lo emprenden y á todo se lanzan. A los ya incontables florones de su corona de progreso político y material: libertades públicas, gobierno republicano, riqueza inaudita, obras materiales gigantescas, precidadas y recientes conquistas, van bien pronto á agregar un nuevo florón, de progreso también, en el orden fisiológico, anatómico, moral y social.

No contentos al parecer de su vigor físico, de su potente escuadra, de su sólida musculatura, del envidiable desarrollo de sus pies y de sus manos; convencidos por prolongada experiencia de las deficiencias del *basse-ball*, del *foot-ball*, del *polo* y otras amenidades deportivas, para lograr el *mejoramiento* de la raza (!!) acaban de tener una idea genial cuya implantación se ha arrogado el Estado de Dakota y esa idea genial consiste en instituir un Consejo de Revisión para los aspirantes al himeneo y en someter por su intermedio á los futuros cónyuges á un examen minucioso de sus personas, como se hace con los reclutas. á efecto de comprobar si disfrutan de perfecta salud, de robusta constitución, de conformación normal y á efecto también de averiguar si no padecen enfermedades transmisibles, afecciones hereditarias que propagadas de generación en generación acabarían por degradar la raza y por condenar al raquitismo á la especie.

Los americanos, que han introducido á su país y mejorado todas las razas conocidas de animales, se han dicho á sí mismos: «¿Qué Diab!o! ¿No hemos hecho bueyes gordos de terneras flacas, caballos ágiles de potros torpes, carneros lanudos de ovejas lampiñas, cerdos corpulentos de lechones éticos? ¿pues por qué no habíamos de hacer lo mismo con la más noble y elevada de las especies animales, con la especie humana? Con imitar los procedimientos de los criaderos de potros del Kentucky y de las *engordas* de Chicago estamos á camino.

Un buen criador de ganado comienza por escoger la materia prima, los sementales; se preocupa ante todo de que sean sanos, robustos, jóvenes, los examina á la lente y al microscopio, de arriba á abajo, de pies á cabeza, no deja rincón que no escudriñe, ni mesa que no aparte, como dice el catecismo, hasta tener la certidumbre de que el ejemplar no es sospechoso y llena las condiciones apetecidas. Un diente cariado, una pezuña agrietada, un cuerno astillado, una mancha de caspa, una nube en un ojo bastan y sobran para desechar el ejemplar y para condenarlo, como Fedora, á *castidad perenne*.

Esta aplicación de los procedimientos de los haras y de las pastorías al matrimonio, es lo que ha implantado, no sin gloria, el Estado de Dakota. La verdad es que ya era escandaloso lo que pasaba y necesario poner remedio á un abuso cotidiano. Se presentaba uno al templo á ver recibir la bendición nupcial á un par de gentes y el novio resultaba calvo, miope, con una oreja asimétrica y un monstruoso juanete y ella, disimulando bajo el blanco velo, ya notorias deficien-

cias de estructura atenuadas con ahuecados: hundi-mientos alarmantes de pecho, precursores de la tisis, y disfrazados con encajes; amarillentas palideces de anemia encubiertas con carmín y polvos de arroz. Una estadística del ya citado *Dakota*, prueba que de cien contrayentes no hay uno que conserve toda la dentadura; la proporción de los ojos de esmalte es de un 10 30 p^o; los jorobados figuran en la proporción de 1. 15 p^o; el *c. epé* se eleva casi al 50 y las uñas enterradas al 8.010 p^o. Agréguese á esto las taras hereditarias; el alcoholismo figura entre los antecedentes en el 99 99 p^o de los casos; la tisis no baja del 18. 75, el cancer da 6. 2 quintos y así por el estilo.

Ya era tiempo de tomar cartas en el asunto; en una época como la nuestra, toda *al heredismo*, *al desequilibrio* y *al microbio*, no es tolerable que un *cacaris* se presente cónicamente al altar en demanda de bendición nupcial, y lanzando un reto insolente á la estética y á la salubridad públicas. ¿Con qué derecho los sordos y los miopes acuden al registro civil? ¿con el de transmitir sus imperfecciones á sus hijos! ¿Entonces que la humanidad se convierta en Corte de los Milagros y que se otorgue el premio Monthyon á los reumáticos y á los epilépticos!

Además, existe la tradición, y, á mayor abundamiento, la sanción filosófica del proceder de Dakota. Los espartanos sacrificaban á los niños deformes, y llegaron á crear una raza asombrosa de vigor y de hermosura; en ciertas tribus salvajes, más civilizadas, por lo visto, que las que se precian de serlo, se da muerte á los ancianos impotentes y á los valetudinarios. Dakota no llegará á tanto; pero sí podrá imponer una fuerte multa y algunos meses de prisión á los padres cuyos hijos no den el *coeficiente* necesario de belleza y vigor.

Además de la tradición, existe la sanción filosófica del principio. A. Comte deseaba se prohibiera el matrimonio á los cancerosos, tuberculosos y otros *osos* del mismo jaez.

Es de esperarse que dentro de pocos años no se encuentre en Dakota un enfermo ni para un remedio y que todos los felices pobladores del Estado *en cuestión* sean gordos y colorados á satisfacción del Consejo Revisor. Que *se aperceban* en Francia de la mejora; sobre la marcha, se creará toda una gerarquía de consejos, de inspectores y de subinspectores conyugales, de guardas campestres, etc., que puede elevar el presupuesto, más ó menos, en quinientos millones de francos.

Pues bien, para que se vea lo *llevados de por mal que somos*, esta medida salvadora de los más caros intereses de nuestra descendencia ha suscitado las más violentas y las más injustificadas críticas, y filósofos, moralistas, médicos, políticos y sociologistas han amontonado ante la marcha gloriosa y triunfal del Estado de Dakota todo género de obstáculos. Los politicastros han puesto el grito en el cielo en nombre de la libertad individual y en la plataforma de Bryan figurará al lado de la libre acuñación de la plata el libre matrimonio de los contrahechos. ¿Qué diablo! dicen los partidarios de Bryan, también los defirmes tienen su alma en su almarío y es tiranía condenarlos al celibato, so pretexto de *sobrehuesos* ó de *pies de bollo*. Bastarte tienen con la repugnancia que inspiran para que cuando llegan á encontrar su media naranja el Consejo de Revisión se les atraviese al paso.

Los médicos no acaban de formular protestas en no abre de sus intereses heridos y creen, quién sabe si con razón, que el remedio á esos males está en la generalización del bienestar y de la higiene que han reducido el número y gravedad de muchas enfermedades y limitado su transmisibilidad.

Los juristas, celosos de la recta interpretación y justa aplicación de la ley, arguyen que nada se prestaría más al abuso y que bastaría tener un rival en el consejo de revisión para no ser jamás *pasado por c:jas* en el regimiento conyugal.

Los feministas no vuelven en sí de su asombro: ¡Con que ya es tan difícil á las mujeres casarse y vamos ahora á crearles una nueva dificultad! Mujeres hay que se casarían con un tiñoso con tal de no quedarse para vestir santos ¡pues con su pan se lo coman! y que el Consejo deje en paz la tiña de sus futuros

Los moralistas protestan en nombre del pudor. «¿Es posible?... una jóven pura y cándida!... Consejo de revisión!!!...» El Estado de Dakota puede sortear esta dificultad creando para las desposadas en vez de un Consejo *una Conseja*; pero en el fondo el mal subsistirá, bien que considerablemente atenuado.

Pero toda esa algarada no es más que la grito que se alza siempre al paso del progreso como el polvo al paso de la locomotora.

Dakota triunfará! *Dakota for ever!* Así lo deseamos al menos y en ese noble sentido *formulamos nuestros más fervientes votos*....

Y á propósito; ¿de qué Dakota se trata? ¿de Dakota del Sur ó de Dakota del Norte?

Decididamente ha de ser de Dakota del Norte. En el Sur nos casamos con menos trámites y menos requisitos.

DR. M. FLORES.

COSAS VIEJAS DE MEXICO

LA CATEDRAL
III

DETALLES CURIOSOS.—LAS ALHAJAS

(Concluye)

Circundando al Ciprés hay una balastrada de una liga metálica amarilla, conocida con el nombre de *tumbago*; adornada de una serie de estatuillas del propio metal, que sostienen sendos candeleros. Continúase la crugia hasta llegar al coro. La primitiva crugia era de fierro, bastante sencilla, y se aprovechó después en hacer los barandales que pueden verse aún en el vetusto edificio del ex-Arzobispado (hoy Contaduría Mayor de Hacienda, Imprenta del Gobierno y alguna otra oficina).

El Coro es en todo semejante al de las iglesias catedrales españolas, recordándonos el de la de Toledo; tiene una buena sillería tallada. De éste y de la reja pueden verse los grabados que publicó *El Mundo Ilustrado*.

«La reja,—dice el arquitecto D. Luis Arzorena en su estudio *La Catedral de México*—es de *tumbago* y *calain*, y se estrenó en 10 de Marzo de 1730, habiéndose construido en China, en la ciudad de Macao. Su ancho es de quince y media varas; su altura en el centro, de once y tres cuartas.» Es artística y hermosa.

Indicamos en nuestro precedente escrito, que nos ocupáramos, entre otros detalles, en hacer mérito de las famosas joyas que poseía la Catedral, teniendo á la vista el *Inventario* manuscrito y original formado en 1819 y donde consta la lista de esos tesoros. Sabido es que eran fabulosos y que hubieron de desaparecer al calor de nuestras dilatadas y desastrosas contiendas civiles.

Llamaban, ante todo, la atención los dos ricos tabernáculos de plata. El primero era todo de este metal y constaba de un zócalo de dos varas seis pulgadas de planta y una vara cuatro y media pulgadas de alto. De sus ángulos volaban cuatro ménsulas de veinte pulgadas en su mayor anchura y una vara y tres pulgadas de largo, sosteniendo cuatro estatuas de los evangelistas, de una vara cuatro pulgadas. En los ángulos salientes del pedestal se levantaban cuatro pilastrillas de una vara dos pulgadas, de los que salían cuatro juncos sostenido cada uno por dos ángeles de trece pulgadas. Las estatuas de los cuatro grandes doctores de la Iglesia Universal destacaban cerca de las pilastrillas. Completaba el tabernáculo el correspondiente entallamiento, coronando al todo la imagen de San Juan Bautista, que medía veinticinco pulgadas.

Este tabernáculo fué desbaratado y fundido por los años 1849 ó 50, y pesaba un mil seiscientos doce marcos y una onza; costó diez y seis mil pesos; lo mandó hacer el Arzobispo Dr. D. Juan Antonio Vizarrón, aun cuando posteriormente se añadieron al tabernáculo algunas piezas más.

En el centro de este ciprés ó tabernáculo se hallaba el segundo á que ya nos referimos: era también de plata, pero dorada; de orden corintio y formado de tres cuerpos. Sobre el zócalo se levantaban ocho columnas, y al pie de éstas otras tantas estatuas de los profetas. Encima de este primer cuerpo se alzaba el segundo con ocho columnas también y sendas estatuas de los evangelistas y doctores. En el centro había un sagrario de figura circular, adornado con una corona imperial. Sobre la cornisa había cuatro ángeles y ocho pirámides pequeñas. El último cuerpo era igualmente circular, compuesto de ocho figurillas que sostenían un pedestal, en el que destacaba la estatua del Arcángel San Miguel. Todo este tabernáculo desapareció en Junio de 1867.

Famosa era también la espléndida y gran custodia comprada al rico minero D. José Borda, señalada con el número 1 en el *Inventario* manuscrito formado el año 1843. Dicha joya medía vara y media de alto: era toda de oro, con peso de ochocientos noventa castellanos, cuyo sol lo constituían sesenta y cinco ráfagas, guarnecidas todas por el anverso con un mil ochocientos veintidos diamantes rosas: la cruz constaba de veintiocho: en la greca que formaba la nube aparecían cuatrocientas setenta y dos rosas: las almendras y flores de la greca tenían quinientos treinta y siete diamantes; la eminencia del relicario, ochocientos cincuenta y uno: el viril, treinta y



Pila donde fue bautizado San Felipe de Jesús.

nueve: en suma, el total de diamantes rosas era de tres mil ochocientos sesenta y ocho, de tablas treinta y cuatro y de brillantes siete. El reverso estaba exornado de esmeraldas y rubíes, siendo mil novecientas cincuenta y siete el total de las primeras, y de veinticuatro el de los segundos. El pie de la custodia era también de oro, con peso de tres mil quinientos cuarenta y cuatro castellanos y con dos mil novecientas cuarenta y cinco piedras preciosas, entre diamantes rosas, tablas, esmeraldas, zafiros, rubíes, ametistas y jacinthos. Los angelillos, que en número de cuatro se destacaban, tenían gargantillas y pulseras de perla menuda, fina.

Acercas de esta célebre custodia, dice Serrano en sus *Noticias de México*: «La custodia grande en que se pone el Santísimo Sacramento en la octava de Corpus y días de primera clase, en la Santa Iglesia Catedral de esta ciudad de México, fué antes de la parroquial de Tasco, propia del minero D. José de la Borda, que había hecho sólo donación del uso, reservándose la propiedad; está guarnecida por un lado de diamantes y por otro de esmeraldas, y la cruz de arriba de sólo diamantes por ambos lados. Tiene de costo más de cien mil pesos. La compró la Santa Iglesia Catedral, y se estrenó el día de Corpus del año de 1773 en 10 de Junio, lo que es sólo el sol ó círculo, y el 2 de Junio de 1774 siguiente, también día de Corpus, se estrenó el pie, igualmente guarnecido de piedras preciosas.»

Para no hacer demasiado cansada esta nota, señalaremos nada más algunos otros objetos culminantes tales como los siguientes:

La custodia con sol de oro esmaltado, adornado de ametistas, esmeraldas, topacios, zafiros, jacinthos y rubíes, llamada la *custodia chica*, en la cual se colocaba al Sacramento el día de Corpus, y salía en la procesión, por ser la primera muy pesada, y que obsequió á la Catedral para las *misas de renovación* el Dean Dr. D. Juan de Salcedo.

El copón principal comprado también á Borda, todo de oro, ochavado al exterior, con peso de doce marcos, adornado de un mil setecientos un diamantes rosas, y nueve perlas finas colocadas en la hijuela. Era todo un tesoro.

Los doce cálices de oro y otros muchos de plata, algunos muy notables.

Una espléndida cruz con Santo Cristo y peana de oro y piedras preciosas, hecha por el platero Rodallega. Tenía numerosos brillantes y dia-

manes rubíes, esmeraldas, topacios y ametistas; habiendo sacado un costo, incluso el de la caja en que se guardaba, de diez mil quinientos pesos.

Entre las piezas sueltas marcadas en los *inventarios*, indicaremos algunas verdaderamente curiosas como el candelero del *Cirio Pascual*, de madera gateada con sobrepuestos y molduras de plata, *mestiza*, vichas de lo mismo que le servían de pies y unos niños también de plata sobre el pedestal. Tenía de plata ochocientos diez y ocho marcos siete onzas. Su costo total por la plata, la madera, el herraje, las cinco flores para el cirio y otros agregados, fué de *quince mil cuatrocientos veinticuatro pesos* que se pagaron al platero Rodallega. Pero acaso es más exacta la descripción de este candelero que se hizo en el periódico *El Siglo XIX* y en el *Diario del Supremo Gobierno de México*, fecha 19 de Abril de 1843 (número 2,857), extendiéndose la indicada descripción al Cirio Pascual, todo de cera marqueta de la Habana y costeado en gran parte por el Canónigo Dr. D. José María de Santiago.

Dicen dichos periódicos:

«El Cirio Pascual que se bendijo en 15 de Abril de 1843 en es a Catedral, tiene de altura cinco varas, y de diámetro dos tercias: contiene más de cincuenta arrobas de cera y el pábilo, que es de dos y media pulgadas, forma una flama de media vara. Para trasladarlo al Colegio de Infantes, donde existe un aparato particular para su elaboración, se emplearon veinte hombres, y en colcarlo en el presbiterio, más de treinta; cuya operación duró dos horas y media.

El correspondiente candelero, que tiene cuatro varas de alto y dos de base, es de madera de balsamo, adornado con ángeles y otras piezas de plata, que pesan ochocientos diez y ocho marcos, siete onzas, dos ochavas; y se calcula que contendrá de madera setenta arrobas: se estrenó el año de 788 [1]

Montada en él la vela, forma una columna de nueve varas completas de altura, cuyo valor se calcula en *más de treinta mil pesos*. Creemos por lo tanto difícil que arda otro más majestuoso y rico en todo el orbe cristiano.

También en imágenes poseía la catedral valiosas joyas entre las que se contaba una imagen de Nuestra Señora de la Asunción, que era de oro, esmaltada, cubierta de esmeraldas, granates y otras piedras, algunas de ellas finas.

Muy conocida es la efigie del *Santo Niño Cautivo* que estuvo en el altar de Señor San José, junto á la Sacristía y que ahora se halla en el altar principal de la Capilla de la Virgen de la Antigua en un pequeño nicho abajo de la imagen de esta Virgen. En su peana se leía: «Este niño estuvo cautivo en Argel, año de 1622 con el Dr. D. Francisco Sandoval Zapata, electo Racionero que lo traía á esta Santa Iglesia, la que dió dos mil pesos por su rescate y el de los huesos de dicho Prebendado los que enterró el Cabildo en San Agustín en 14 de Febrero de 1629»

Entre las imágenes debemos hacer mención principalísima de una pintura de Nuestra Señora de B len, debida al pincel del insigne Murillo, uno de los pocos originales que del artista sevillano existen en la República. Este lienzo fué traído por el Dr. D. Manuel Rubio y Salinas, Arzobispo que fué de México y quien lo obsequió á la Catedral. Se conserva actualmente en la nueva y reducida sala de Cabildos de aquel Templo Metropolitano; y se cuenta que cuando se intervino en la nacionalización de los bienes del clero, los canónigos suplicaron al Presidente D Benito Juárez, se les dejara ese tesoro, á lo cual accedió dicho Primer Magistrado, haciendo presente á los capitulares, que si alguna vez las circunstancias los obligaban á desprenderse de la imagen, que prefirieran venderla á nuestra Escuela de Bellas Artes.

Finalmente, por lo que se ha indicado en estas líneas se comprenderá á cuánto debía ascender el tesoro que guardaba la Catedral, del cual tan pocos objetos se conservan.

Nos dejamos todavía mucho en el tintero, la índole de estos artículos breves y condensados, no permite alargar la materia ni extendernos en ella.

JESÚS GALINDO Y VILLA

[1] Sedano precisa la fecha: sábado de gloria de 1788.



El Mercado de flores la mañana del día de muertos.

El Mercado de Flores.

Uno de los sitios más pintorescos de México es el Mercado de flores la mañana del día de difuntos.

Los que venden flores son legión y los que acuden á comprarlas de todos los barrios de la ciudad, á pie, en tranvía, en calandrias y en coches particulares, llenan el atrio, rebasan la línea de la calle y cuando obtenida la palma ó la corona que buscan dejan el campo, ya están allí atropellándose, otros que pugnan por acercarse al kiosko. Aquello no tiene fin ó por lo menos el que ve la aglomeración cree que nunca ha de acabar la venta, pues si los compradores no cesan de llegar, las flores parece que no se agotan y que por arte de prestidigitación salen de un cesto que á cada momento queda vacío más y más coronas, cruces, palmas.

Los muertos quedan resarcidos de su abandono el día que la piedad, la costumbre y la vanidad de los vivos consagra al recuerdo de los que fueron. ¿Qué teatro se ve más asaltado en noche de estreno ó de beneficio que el kiosko del atrio? Si el mexicano no discute precios para comprar un palco ó una luneta, menos discute aún cuando va á comprar la ofrenda floral para sus muertos. ¿Es la vanidad, es la prisa por salir del paso, es un sentimiento más noble que el acatamiento á un hábito—la íntima creencia de que cumple un deber? De todo hay, pues si no admite que el vecino lo supere en prodigalidad, una vez lanzado, su sentimentalismo no tiene hasta aquí: no, él no olvida á sus muertos, no los ha olvidado ni un instante; vive para llorarlos. Quien diga que es frívolo, disipado, alegre, se engaña. Da reuniones, acude á las de sus amigos, es tándófilo, callejero y flirteador

porque... la sociedad tiene sus exigencias; pero en el fondo.....

En el fondo, no hay sino un día para las lamentaciones: las flores que deja en un sepulcro el día 2 de Noviembre, amanecen secas el día 3 y la vida recobra sus fueros—que no han perdido ni un momento—pues la fiesta de la víspera fué una de tantas manifestaciones con que demuestra el hábito que nos tiene aprisionados con poderosos garfios.

Sobre todo á esa hora y en ese lugar, la idea de la muerte está muy lejos de los más sugestionados por su apariencia de piedad dolorosa: las flores con su simbólica significación hablan de vida alegre y mun-

danal, y la multitud que invade el mercado con su pintoresco y picaresco regocijo pulveriza las emociones y las arrastra en sus carcajadas y en sus dichos callejeros.

Los respuestas.

El grupo que la fotografía tuvo la feliz oportunidad de sorprender para fijarlo en este grabado muestra un rasgo de las clases inferiores,—rasgo simpático que deja un poco oculto en la penumbra los bárbaros festines funerarios que celebra el pueblo en las necrópolis.

Los respuestas del día de muertos son una faz seria del pueblo, de ese pueblo tan poco serio que ríe tanto y tanto se burla de todo, que es un milagro sorprender en él algo que no revele su tendencia á lo cómico.

El *peladito* no le teme á la muerte,—es muy hombre para temerle—y cuando muere, sus deudos lo festejan comiendo mole y bebiendo á su salud en el cementerio; pero el cura pone un paréntesis que en la inconsciencia de esos seres no tiene significación moral superior, aunque al menos les da con la solemnidad de los ritos en forma respetable la idea de la muerte.

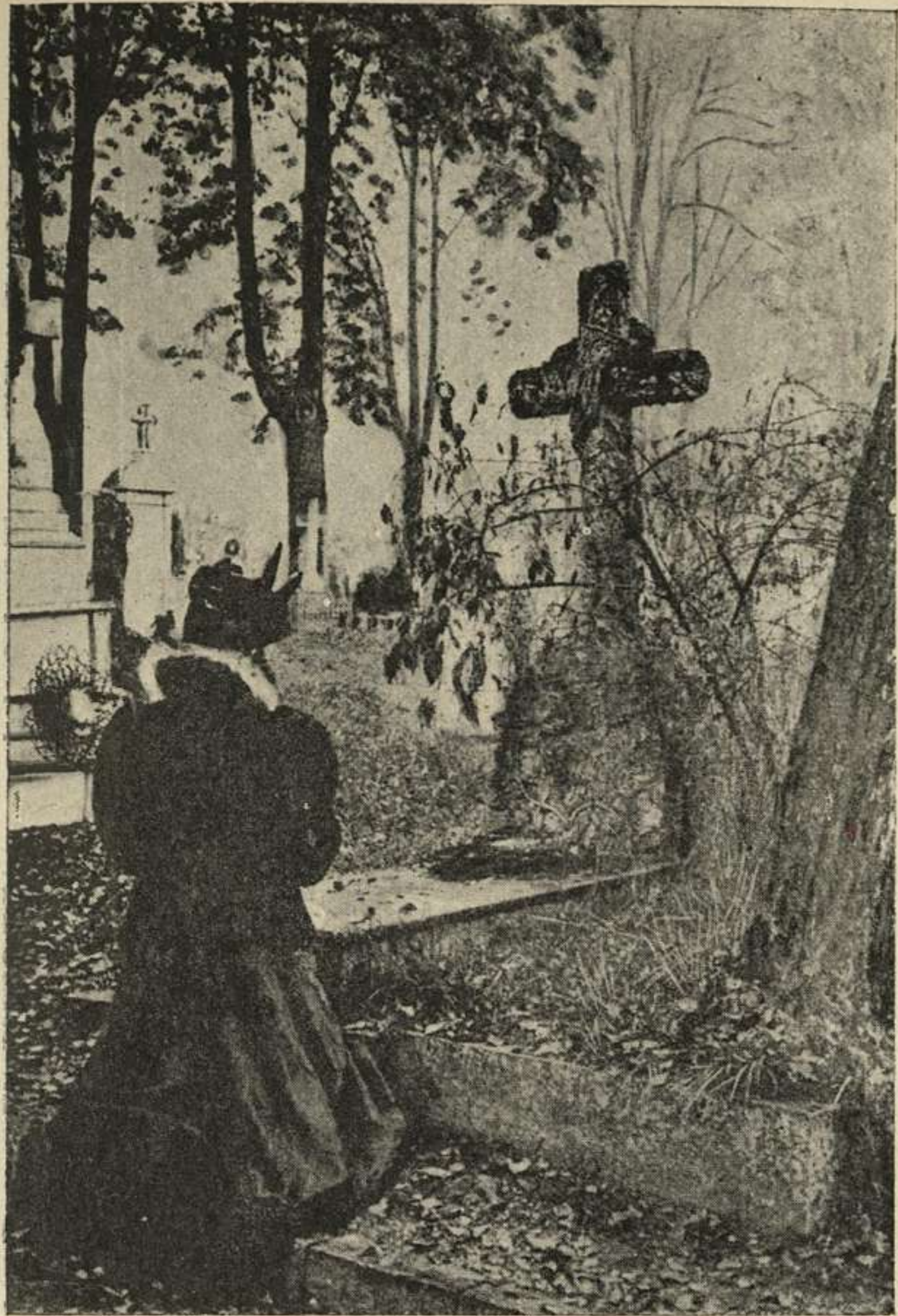
EN EL PANTEON FRANCES.

Esta mujer que ora arrodillada ante un sepulcro, muestra el aspecto más noble del dolor humano y despierta tristes emociones.

La que así se abisma, solitaria, en su pena, llora no sólo al ser querido, llora la patria, los recuerdos de su vida feliz en el hogar de donde la arrancó la emigración.



Otro aspecto del Mercado de flores.

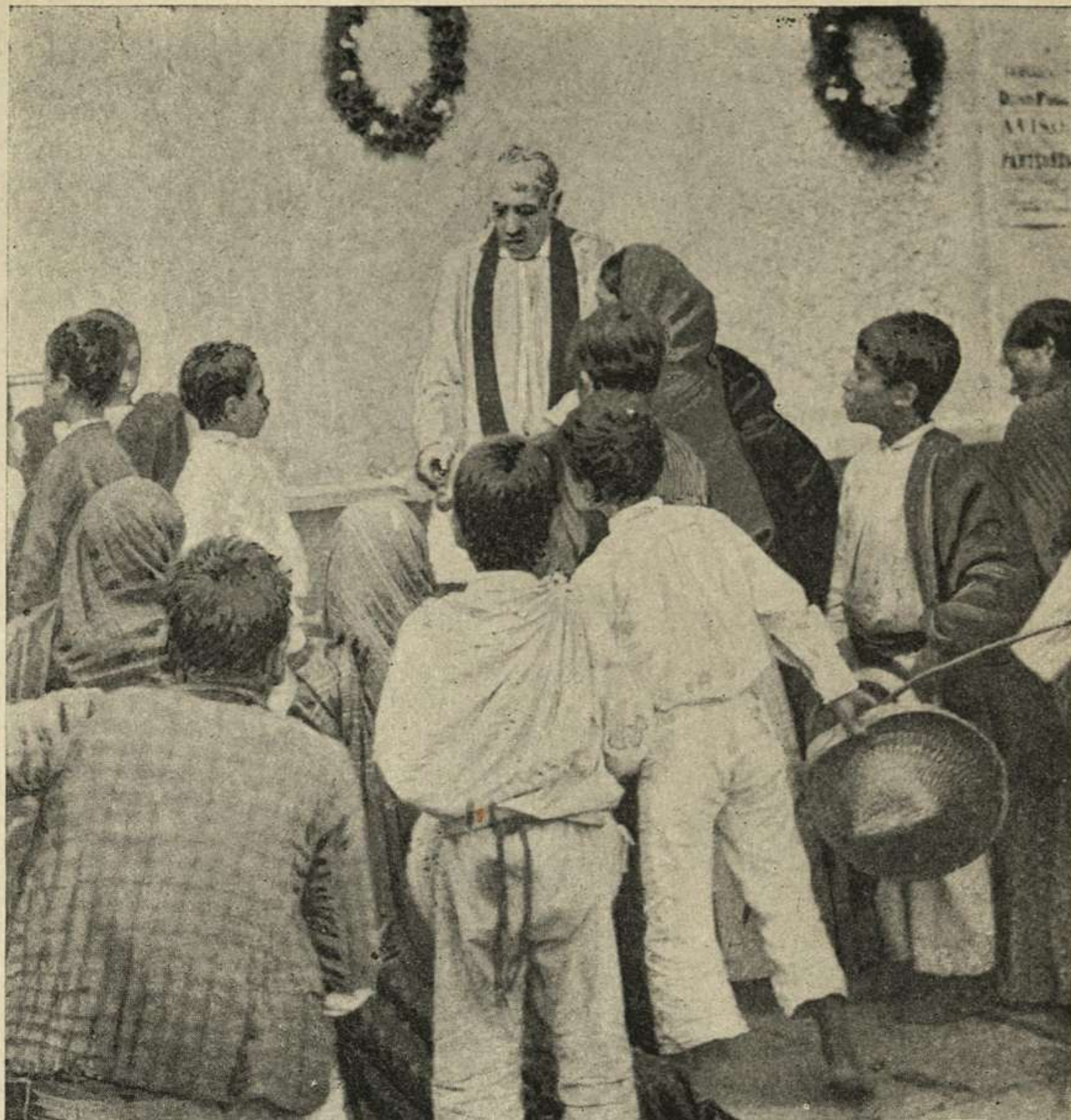


EL DIA DE MUERTOS —En el Panteón Francés.

fía aprovechan este arte no sólo con fines profesionales, sino para enriquecer los conocimientos del público publicando en revistas ilustradas grabados de cuanto paisaje y de cuanto lugar interesante visitan.

Con frecuencia vemos en publicaciones de los Estados Unidos artículos, que si en su parte descriptiva son buenos, tienen mayor interés por su parte ilustrativa y que dan á conocer regiones de nuestro país de las que los mexicanos tenemos muy escasas noticias, si es que no ignoramos hasta el Estado á que pertenecen.

No hemos hecho una observación, á saber, que de la época en que la mayoría de la población adulta adquirió en la escuela las nociones geográficas hoy en uso en el mercado, á la fecha, han cambiado de tal manera las condiciones del país, que no basta conocer las rutas de las grandes líneas ferroviarias para colmar el déficit, pues se han formado



EL DIA DE MUERTOS.— Los responsos.

Las cascadas del Río del Mezquital.

A cincuenta kilómetros al Sur de la Ciudad de Durango el Río del Mezquital se despeña formando las bellísimas cascadas que admirará el lector en los grabados de la parte inferior de esta página.

El río corre por un lecho de suave declive, hasta que al llegar á una barranca de lava, arroja por ella sus aguas desde una altura de noventa pies.

Los altos árboles que crecen en la orilla del río no llegan con las últimas ramas de su copa al nivel de las cascadas.

Debemos la publicación de estos interesantes grabados al Sr. Ingeniero John S. Whyte, quien en sus continuos viajes por el interior de nuestro país no se ha conformado con admirar las bellezas de los sitios que recorre, pues á todas partes lleva conmigo una magnífica cámara fotográfica de la que se sirve con la habilidad de un especialista.

Próximamente publicaremos otras vistas tomadas por el Sr. Whyte, pues como es de suponerse de aficionado tan inteligente y entusiasta, posee una colección riquísima que ha puesto á nuestra disposición con una amabilidad que mucho le agradecemos.

Ojalá que todos los ingenieros mexicanos imitaran á éste y á muchos otros norteamericanos que comprendiendo lo poco que vale la mejor descripción comparada con una buena fotogra-



Cascadas del Río del Mezquital.—Durango.



Las cascadas vistas desde el fondo de la barranca.

nuevos centros de industria y comercio, regiones ayer ignoradas se han abierto al tráfico y á la explotación, y hasta las agrupaciones étnicas son hoy en varios Estados totalmente diversas de lo que eran hace quince años.

Como los libros clásicos no reflejan todavía este nuevo estado de la nación, son doblemente interesantes los estudios parciales que publican los periódicos sobre la geografía del país.

PENSAMIENTOS

Con el sistema actual de instrucción, la cabeza del niño es como una arma demasiado cargada: ó no dispara ó estalla.

VALYERE.

En ciertos casos la instrucción y la luz pueden servir de auxilio al mal.

VICTOR HUGO.

El ensueño es el domingo del pensamiento.

AMIEL.

La civilización no suprime la barbarie; la perfecciona.

VALTOUR.

En el Parlamento inglés.

La reunión del Parlamento británico es siempre alegre: el ejército de ocupación que se disputa las curules habla, ríe, llena el aire de rumores regocijados.

Pero el martes 17 de Octubre los representantes del pueblo y los nobles lores de la Cámara alta, llegaron á sus respectivas casas legislativas llamados por las circunstancias gravísimas del Imperio. La reina convocó al Parlamento para tratar las cuestiones de

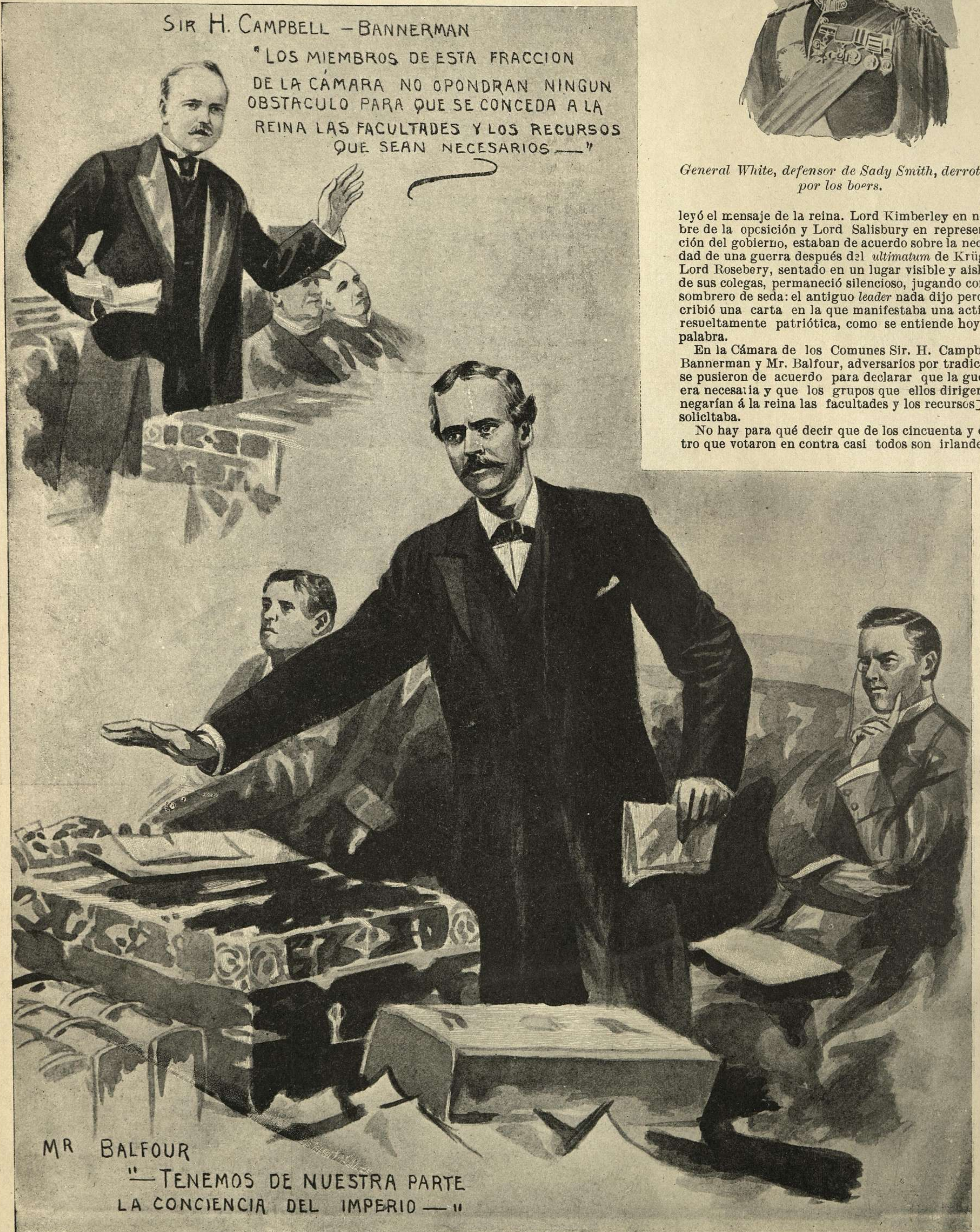
facultades y recursos que exigía el estado violento de las relaciones entre el gobierno de S. M. y el de la República Sud-Africana.

Aunque ese día no habían llegado aún á Londres noticias de operaciones decisivas en el campo de la guerra, todos sabían que el conflicto anglo-holandés era inminente. Por primera vez desde hacía medio siglo se reunía un Parlamento en Londres para abrir una guerra entre dos pueblos de raza blanca.

El Príncipe de Gales estaba en la Cámara de los Lores y á su lado el Duque de Cambridge, cuando se



General White, defensor de Sady Smith, derrotado por los boers.



leyó el mensaje de la reina. Lord Kimberley en nombre de la oposición y Lord Salisbury en representación del gobierno, estaban de acuerdo sobre la necesidad de una guerra después del ultimatum de Krüger. Lord Rosebery, sentado en un lugar visible y aislado de sus colegas, permaneció silencioso, jugando con su sombrero de seda: el antiguo leader nada dijo pero escribió una carta en la que manifestaba una actitud resueltamente patriótica, como se entiende hoy esa palabra.

En la Cámara de los Comunes Sir. H. Campbell-Bannerman y Mr. Balfour, adversarios por tradición, se pusieron de acuerdo para declarar que la guerra era necesaria y que los grupos que ellos dirigen no negarían á la reina las facultades y los recursos que solicitaba.

No hay para qué decir que de los cincuenta y cuatro que votaron en contra casi todos son irlandeses.

LA CARICATURA EN EL EXTRANJERO



General Joubert, jefe de los boers del Transvaal ante Lady Smith.

LA REINA GUILLERMINA DE HOLANDA EN POTSDAM.

La joven Reina de los Países Bajos acaba de visitar al Emperador de Alemania, alojándose en el castillo imperial de Potsdam, y ese acontecimiento ha venido á demostrar nuevamente las estrechas simpatías existentes entre las casas de Hohenzollern y Orange. El pueblo prusiano hizo, á su vez, una calurosa y sincera recepción á la joven Reina.

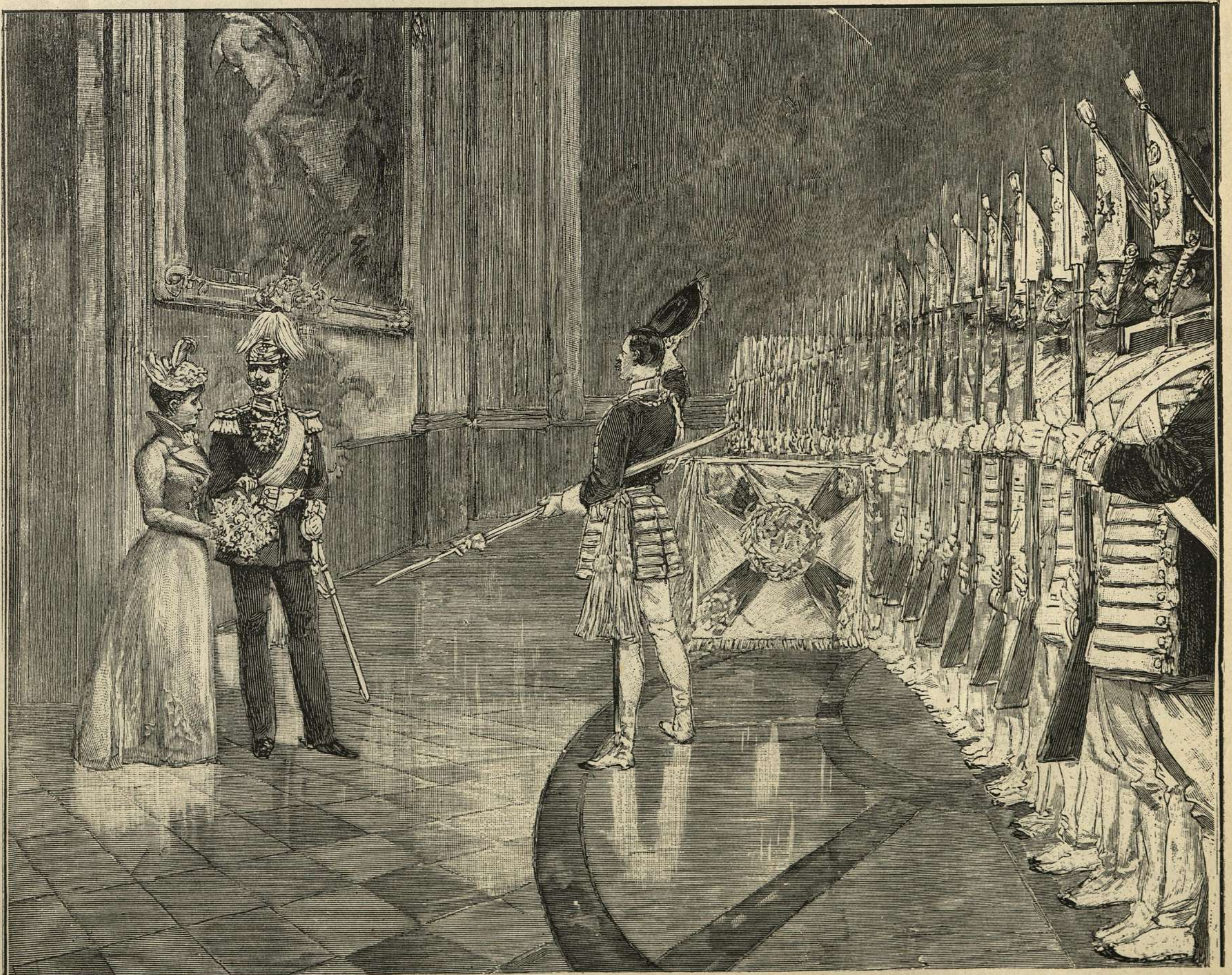
Su arribo á Potsdam se efectuó la noche del 7 de Octubre y la Reina llegó acompañada de su madre la Reina Emma. La estación se hallaba primorosamente adornada con banderas alemanas y holandesas y un brillante séquito acompañaba al Emperador y á la Emperatriz de Alemania, quienes esperaban en la estación.

Varias fiestas y ceremonias se celebraron durante la visita de la Reina y *El Mundo Ilustrado* ofrece hoy á sus lectores, por ser la más típica entre todas ellas, la escena de la presentación de la brillante guardia imperial á la joven soberana holandesa.



Krüger les da sólo una sopa á los lobos y éstos no se contentan con el bocado.

Lustige Blätter, Berlín.



La Reina de Holanda en Postdam.—Guillermo II presenta la Guardia Imperial á la Reina Guillermina.

Las corridas de toros en Francia.



MAL FIN DE UNA FIESTA.

Una corrida de toros en Francia

El ridículo, única profilaxia verdaderamente eficaz para los males de la sociedad francesa, ha dado al traste con la incipiente afición á las corridas de toros.

Hablaban mucho de barbarie los cronistas y los novelistas, pero eso no les impedía acudir, de los primeros, á las corridas que tenían más concurrencia de la que pudiera esperarse en un país cuyos sports no son brutales, si se exceptúa el de la política en el que no hay pueblo tan desalmado como el francés.

El primer espectáculo acabó en un diluvio que enfrió la bravura de los toros, el entusiasmo de los toreros y la curiosidad del público.

Peor fué el segundo. Habría acabado en otro diluvio—esta vez de sangre—si no hubiera sido por la excepcional nobleza del toro. He aquí lo que pasó:

En un momento en que el toro se fastidió sin duda de la excelente compañía de los lidiadores, saltó la valla, y sin hacerle mal á nadie (los lastimados lo fueron al desplomarse las gradas) corrió á un prado, en donde acabaron con él las balas de los gendarmes. «La leyenda del toro, dice un revistero francés, ha

sufrido mucho; el salvajismo parece estar por completo del lado de los bípedos.» Y concluye así: «Por singular antinomia, en el momento en que París se apresta á mostrar en todos sus aspectos los resultados magños de la civilización, instala á sus puertas un espectáculo que atestigua una regresión á la barbarie. Protesto en nombre de la civilización; protesto también como burgués parisiense que no vería sin aprensiones la apertura de una escuela de matanza para esta juventud ya demasiado inclinada á la sangre.»

Recuerdos de Paris



LIBROS VIEJOS

Por la ribera izquierda del Sena, junto á los murallones del río, donde instalan sus almacenes los mercaderes de libros viejos, se pasea todas las mañanas un hombre extra-

traño, de ojos apagados y lento andar, que se detiene á cada instante, hojea todos los tomos, hurga en aquellos polvorientos archivos de la imaginación y se aleja siempre malhumorado, siempre triste, como si persiguiera algo que no encuentra jamás.

Curioso por saber lo que buscaba, reuní, cierta vez, todas mis osodías en el haz de una pregunta equívoca y le dije:

—¿Quizá acechamos la misma obra?

Sus ojos parecieron desperezarse, para entreabrir las pestañas. Me interrogó con su mutismo. Y, alejándose un tanto de la ola de compradores de ocasión, me cogió por el brazo y rompió á hablar.

los candores y todas las inocencias, un volumen que haya sido leído sin cortar las páginas, en medio de un recogimiento místico.

¿No es posible—añadió—no es posible, aspirar el aroma de una flor sin morderla?

Y me contó una historia de amores juveniles. Una mujer seducida y abandonada. ¡Un libro más, en las estanterías de los mercaderes!

M. PILLE

Hay cosas que no merecen una frase; pero, dos palabras puestas á guisa de penacho sobre una de mis travesuras infantiles, me hacen recordar que tengo un vecino siniestramente grotesco, llamado monsieur Pille.



Es un hombre cuadrado y retacón que gira al rededor de su estómago. Cada vez que me sorprende haciendo bailar la pluma sobre el papel, mueve la cabeza con lentitud y me desliza el siguiente discurso:

—Llegamos á la postre de una humanidad que lo ha devorado todo en treinta siglos de glotonería. No hay asunto que no esté manchado de tinta ó deformado bajo el peso de cien tomos; no hay fibra de alma que no haya sido retorcida hasta hacerla crujir. Si pudiéramos abrir el mundo por el medio, como se parte una nuez, sólo hallaríamos dentro los viejos trastos carcomidos. Hasta en ese París obeso de civilización y perfecciones, donde los talentos se hacinan y los esfuerzos se agolpan en avalanchas de luz, se desespera ya de abrir surcos, descubrir colores. ó inventar notas. Todo es fatalmente viejo como el sol. Los que se encorvan por las noches bajo la luz de la lámpara y se hincan los dedos en el cráneo, presintiendo rayos desconocidos; los que se cuadran ante el espejo, espolean las pupilas y hacen serpear los labios, persiguiendo un gesto ignorado; los que se encaraman sobre las montañas y apostrofan al Eco, pidiendo á su garganta nuevas modulaciones, son cíclopes que, en un delirio sublime, se debaten en la sombra, blandiendo su voluntad y empujando con el hombro, para derribar el horizonte. Pero en vano abofetean su propia impotencia. El límite está allí, en la protesta. Y el más allá no les pertenece. Lo único nuevo que podemos encontrar, es nuestra manera de ver. Y aun en eso se corre el riesgo de coincidir con un predecesor.

Monsieur Pille es un monomaniaco del *no ser*; un apóstol negativo. Así que ha formulado su sentencia, me desmenuza con los ojos, me intimida con una sonrisa burlona y, lentamente, como si tratara de abrumarme con su mueca de ironía, me arrebató la pluma, la mira al sol, y devolviéndomela con desprecio, me dice:

—¡Esa tinta es vieja!

Luego se pone á horcajadas sobre

su vientre y se aleja, radiante, bajo su aureola de desdén.

Y cuando sus pasos se han perdido, allá, en lo hondo de los últimos peldaños de la escalera, yo raigo con desaliento la página comenzada, creyendo que quizá tiene razón, que los que han venido antes lo han devorado todo y que sólo queda en manos del pensador, del poeta y del filósofo, la miseria, el dolor y las lágrimas;—la vida,—la prisión!

LA HIJA MUERTA.

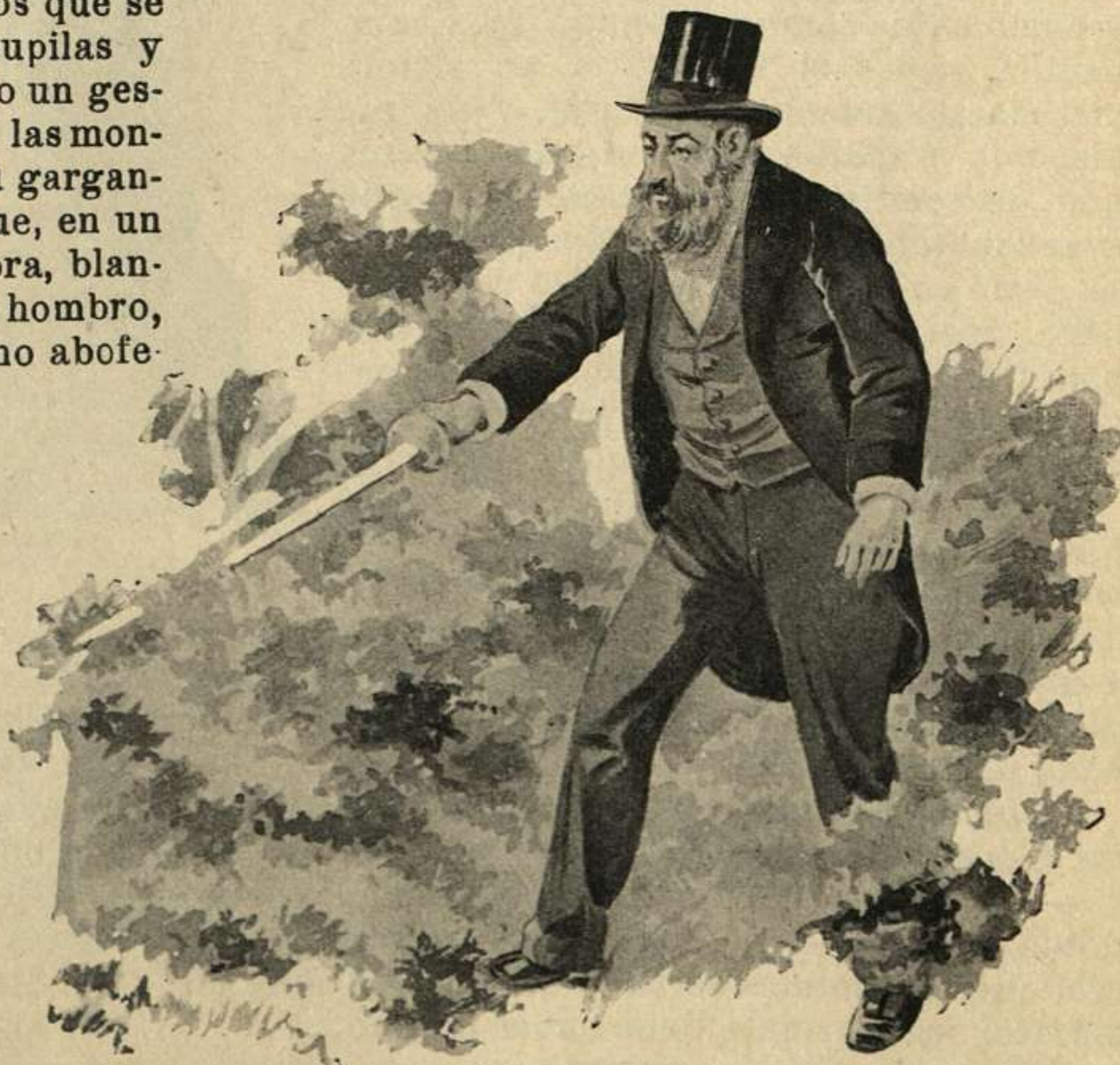
Por el camino que va á una aldea, entre dos verdes colinas coronadas de picachos y viviendas de pastores, hay, junto al borde del río, una soberbia casa de campo circundada de jardines y semiculta tras una cortina de árboles espesos, que extienden las ramas y las unen como chiquillos que se toman de la mano para jugar al corro en la plazuela de su pueblo. En mis paseos solitarios, solía detenerme ante la gran empalizada que circunda la propiedad y pasear mis ojos por los enormes plantíos de rosas moras que se agrupan, á manera de colmenares, sobre la alfombra verde de las almacigas.

Una vez, al caer la tarde, en esa media luz confusa del día que se desvarece, divisé la silueta de un hombre que se detenía ante los zarzales y atravesaba con una espada de oro la corola fragante de todas las rosas. Cuando cayó la noche, aquel extraño ser se detuvo, levantó los puños al cielo amenazando á las estrellas, y se perdió tras un recodo, haciendo resonar sus pasos fuertes sobre la arena seca del jardín.

Dos días después me trajeron á la hostería una cesta de claveles rojos, que yo había encargado la semana anterior en un caserío comarcano. El mozo de labranza que los traía era un gañán robusto, llamado François, que sobreía á mis preguntas sin contestarlas, hacía girar el sombrero entre sus manos callosas y no apartaba los ojos de sus gruesos zapatos manchados de estiércol. Sólo una vez pareció comprender mis palabras.

—Uay en tu pueblo, le dije, los llamados *rosales de Jericó*?

—No, repuso, imprimiendo al sombrero un movimiento más rápido; pero los hay en los alrededores de la ciudad, camino de la Bouille, en la huerta del loco.



—Los libros, joven,—murmuró misteriosamente,—son almas y son cuerpos. Todos esos tomos que están apilados sobre las estanterías, han tenido sus noches ensangrentadas de amores brutales y se han retorcido bajo las manos febriles de un hombre, que los ha arrojado, después, con desdén sobre la carpeta de la mesa de trabajo. Todas las páginas guardan los rastros de aquellos apasionamientos egoistas: hay anotaciones, hay hojas rotas y hay huellas de dedos nerviosos, que han dibujado su impresión sobre la margen blanca. Y yo busco un volumen virginal, cuyo amante de una noche haya respetado todos

*
**

El hostelero me contó aquella misma noche toda la historia.

El *loco* era un viejo doctor desengañado, un huérfano de la ciencia, un gajo roto. Había mordido en todas las asperezas del estudio, había compilado la savia de todos los textos y, en el desenfreno de la curiosidad, de pie sobre el límite de lo averiguado, había añadido escalas de hipótesis para salvar el infinito. ¡Quién logra ahondar en los reflujos y las mareas de un cráneo! La insensatez puede ser el principio de la sabiduría y el caos el génesis de la verdad!

Era un alma que se hundía en los horizontes de bruma, perdida dentro de sí misma, como una inmensidad dentro de otra inmensidad. Y rodaba y rodaba sordamente, en medio de las tinie-

blas, insensata y sacrilega, como un Hércules invisible que buscara al Minotauro de la Creación.

El loco! Todos le conocen en la comarca y saben que en su gabinete de alquimista manipula licores extraños y redomas misteriosas. Y cuando el sol va a hundirse todo rojo detrás del bosque de cipreses, le ven acercarse á los rosales y hundir su espada en las corolas, convencido de que en alguna, en la más pequeña quizá, está escondido el genio que le encadena.

*
**

Un mes más tarde, al regresar á París, tuve la buena suerte de topar en un vagón con el *loco*. Así que traté de dirigirle la palabra, me detuvo con un gesto áspero.

EL TRIUNFO DE LA MEDICINA

Esto sucedía siendo yo muy joven—dijo el Doctor—y casi al principiar mi práctica en Chalsea. Había tomado aquí una bonita casa, tal como la que se ve obligado á tomar un doctor que desea hacerse de clientela, y tenía á mi servicio dos camareras.

Aquella noche las dos muchachas habían salido, pues habiéndose enfermado una de ellas, ambas pidieronme ir á su casa, prometiéndome volver á la mañana siguiente.

Así fué como, en el momento en que iba yo á recogerme, cerca ya de la media noche, un violento campanillazo, dado á la puerta, me hizo prescindir de mi propósito, obligándome á acudir al llamado. Y esto no lo hice sino de malísima gana, pues aquel día había yo trabajado más de lo regular, y no me hizo gracia alguna ver retardada la hora de mi descanso.

La violencia del aviso, á las claras decía que alguien reclamaba urgentemente mis servicios, y yo suspiré á la idea de tener que salir de nuevo.

Abrí la puerta, y, en efecto, sucedió como lo esperaba: un chiquillo, casi falto de aliento por la precipitación de la carrera, me informó de ser llamado violentamente á una casa cuyas señas me dió, á dos millas de distancia.

—¿Para qué se me llama?—pregunté. Pero el muchacho no quiso responder. Al ir pasando por la casa, un caballero había abierto la puerta, y después de poner en su mano algunos chelines, habíale rogado corriera á llamar á un médico.

Deduje de esto que se me llamaba para algún accidente, y así, me apresuré á tomar la dirección que el muchacho me dió antes de alejarse, y que yo apunté en mi cartera.

Al acercarme á la casa quedé sorprendido de verla envuelta en la más absoluta oscuridad; en medio de tal sorpresa, y como nadie acudía al sonido de la campanilla, pensé si no estaría yo siendo víctima de una pesada burla, y ya me disponía á marcharme, cuando oí pasos que descendían por la escalera y que avanzaban hacia el vestíbulo. La puerta se abrió en seguida y apareció un caballero, casi un anciano, vestido con una bata floreada, y sosteniendo una lámpara en la mano. Sus primeras palabras arrancaron de mí todo temor y sospecha.

—¡Oh! ¿es usted el Doctor?—dijo, precediendo mi marcha, y con voz en la que no se translucía ninguna ansiedad.—Ya comenzaba á creer á ese bribón capaz de jugarme una mala pasada, echándose á la bolsa mis chelines, sin hacer nada por merecerlos.

Y como yo le explicara que había ido á traerme á dos millas de distancia:

—¡Oh! siento mucho que haya usted venido desde tan lejos—dijo con la mayor política.—Yo creí que mucho más cerca podría encontrarse un médico; seguramente debe haber alguno. . . .

—Sí que los hay—respondí—pero su mensaje no ha dado muestras de saberlo.

El anciano se excusó diciendo que, después de todo, nunca le viene mal á un doctor el aumentar su clientela, y dicho esto, se dirigió hacia un cuarto en el fondo del primer piso, donde entró colocando la lámpara sobre una mesa.

Rápidamente recorrí la pieza con una mirada, esperando encontrar alguna señal de la persona á quien iba yo á atender. El cuarto era confor-

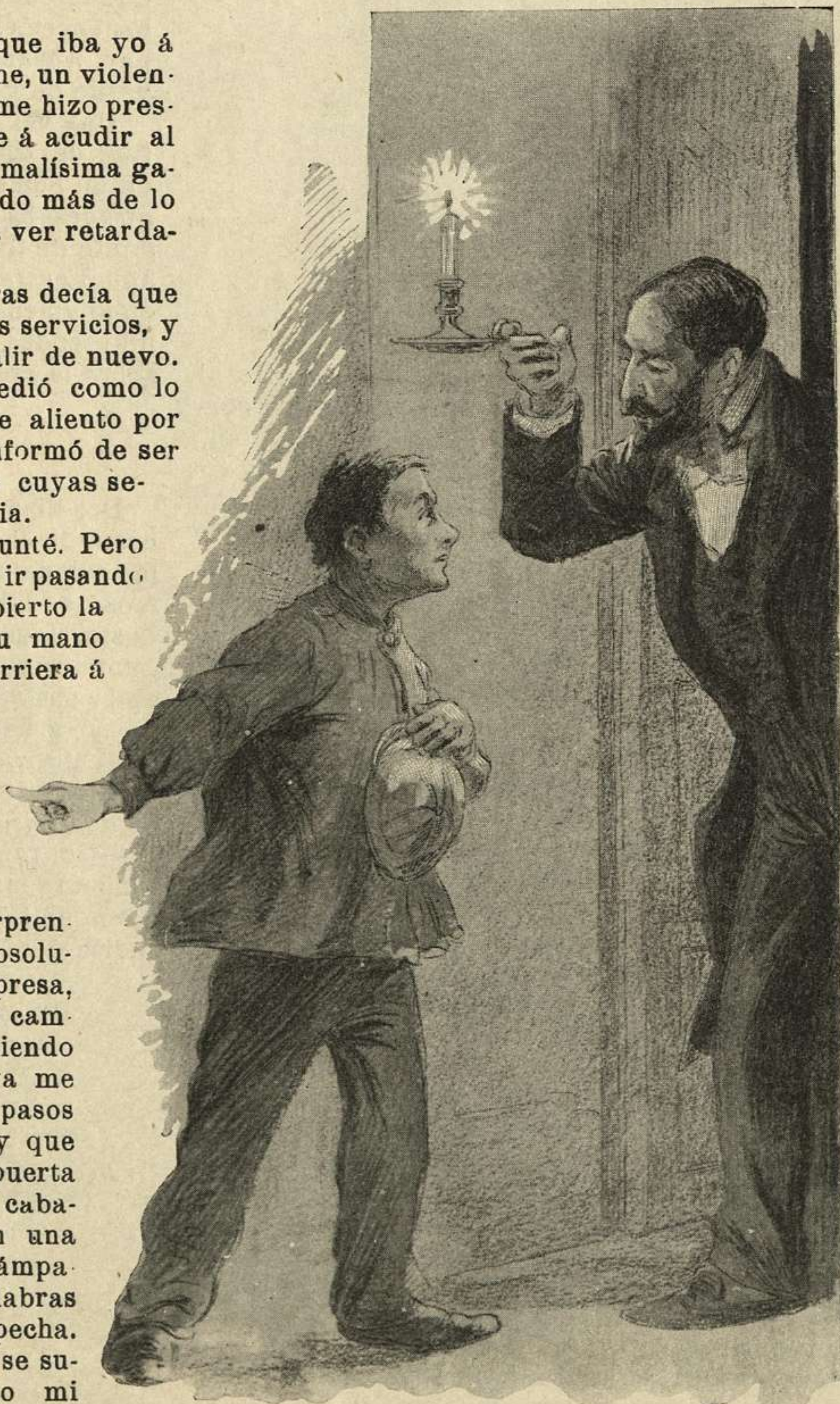


table y estaba amueblado con un elegante ajuar; ardía un buen fuego en la chimenea; delante de ella, estaban colocados un par de sillones, y entre ellos había una pequeña mesa con dos vasos, una botella de whiskey, un sifón de soda, y una caja de cigarros. Por allí no dejábase ver señal alguna del paciente.

—Sírvase darme su paletot y tome asiento,—dijo el anciano. Supongo que no rehusará usted un vaso de Scotch y un *cheroot*; puedo recomendar los *cheroots*. . . .

Luego hizo una mueca brusca y, como si se creyera solo, comenzó á murmurar, levantando paulatinamente la voz, sin advertirlo.

— . . . Son leyendas fatales. . . . Pero es algo tan pueril, tan lacrimoso, tan romántico, lo que me hace vivir aislado, que vale más que las gentes lo ignoren.

Y, advirtiendo que mis ojos estaban fijos en los suyos, me cogió por la solapa del abrigo y me gritó indignado, con voz estertórea, como si estallara al fin, después de un largo silencio:

—¿No tiene un padre el derecho de llorar á su hija? ¿Cómo he de poder reír, cantar y vivir la vida de todos, si desde hace dos años, hay en el cementerio de Reuil, un cajoncito blanco, cubierto de siemprevivas?

MANUEL UGARTE.

Se había sentado en uno de los sillones, y á la vez que hablaba iba llenando los vasos.

—Dispéñeme, le dije en el colmo de mi asombro—pero ¿no sería mejor ver al paciente antes de hacer cosa alguna?

El pareció sorprenderse de mi instigación.

—¡Oh! ¿el paciente? . . . soy yo—dijo con la mayor tranquilidad.

Mi asombro fué entonces mayor, pues el aspecto de aquel hombre revelaba la más perfecta salud, y hasta sus frases, dichas con la sonrisa en los labios, parecían desmentirlo.

—Si usted gusta desentarse,—agregó con la misma naturalidad—le contaré lo que me pasa. No me gusta ver á un caballero de pie cuando yo estoy sentado; y si usted no se quita su paletot, seguramente se fermará al salir de nuevo á la calle. Ustedes los doctores, jamás emplean su ciencia en beneficio propio. Eso es lo mejor, dijo cuando me vió ya dispuesto á obedecerle.

Y después que hube tomado asiento, prosiguió:

—Soy una víctima del insomnio, y por ello sufro horriblemente. ¡Oh! usted no sabe lo que es estar en vela toda la noche, cuando el resto del mundo está dormido. Ni una alma con quien hablar. . . es decir, un vivo en la ciudad de los muertos. . . Seguro estoy de que esto me arrastrará á la locura. . . .

—Es, en realidad, una gran molestia—dije secamente, no poco enfadado al ver que se me había llamado, á hora tan avanzada de la noche, para una simple consulta que bien habría podido ser hecha en cualquiera otra ocasión—pero eso puede curarse con el tiempo,—agregué—ayudado con vigorosos paliativos. . . .

—¡Oh! sí, lo sé; mas eso no me aliviará por esta noche—interrumpió mi paciente, alargándome la caja de cigarros.

—¿Sufre usted el mal hoy?—pregunté con el aire más doctoral.

—Sí; estoy perfectamente seguro de que no dormiré ni un segundo, y también de que el hecho de subirme á la cama para intentarlo, me llevaría al suicidio. Tal es el caso, y por eso envié por un doctor; pero siento en el alma que usted haya tenido que venir desde tan lejos. . . .

—Bien; por fortuna he traído algunas drogas—dije abriendo el pequeño botiquín que llevaba conmigo.—Voy á dar á usted una poción de este narcótico que no dudo lo entonará, pero si usted quiere obtener una cura radical, debe abandonar toda clase de drogas, ponerse á dieta, y hacer un buen ejercicio diario. . . .

Tomé el soporífero que rápidamente había estado preparando mientras hablaba; pero el anciano, moviendo la cabeza, desesperadamente:

—Es inútil darme drogas, doctor,—dijo,—con ellas tengo saturado todo mi sistema y ya no me hacen efecto alguno.

—¿Puedo, entonces, preguntar para qué se me ha llamado?—exclamé alterado y perdiendo mi sangre fría.

—Bien; es por esto, doctor,—dijo él tranquilamente.—No puedo estar toda la noche levantado y solo conmigo mismo; me volvería loco si así su-

cediere. Necesito tener alguien con quien hablar.

—¡Y usted se atreve á decírmelo! . . . —exclamé, furioso, y sin hallar más palabras para expresar mi indignación.

El anciano aprovechó la pausa que hice, para proseguir en el mismo apacible y político tono:

—Bien puedo asegurar á usted, doctor, que no he visto la cosa sino desde su verdadero punto de vista; tengo para mí que el doctor no es un filántropo, sino un hombre de negocios. ¿Me permite usted que le pregunte cuáles son los honorarios que acostumbra usted aceptar?

—Mis honorarios son seis chelines y medio.—Yo era por aquel entonces un modesto principiante.—Pero cuando tengo que salir en la noche.

—Los honorarios serán dobles, indudablemente,—añadió el caballero con la mayor imperturbabilidad.—¿Podemos poner diez chelines?

—Yo asentí con la cabeza.
—Y puedo también preguntar cuál es el tiempo de sus visitas?

—Varían, desde cinco minutos hasta una hora.

—Entonces bien podemos fijar la visita como de treinta y dos minutos y medio—dijo tranquilamente. Estoy dispuesto á pagarle diez chelines por cada treinta y dos minutos y medio que permanezca aquí. Vino usted exactamente á las doce y veinte. Permítame que le pague, pues que faltan siete minutos para la una.

Y, gravemente, me alargó medio soberano. Después prosiguió:—si usted prefiere ese tema puede usted hablar cuanto quiera acerca de la manera de combatir mi mal; no haré la menor objeción, pues aunque sé que todos los consejos serán inútiles, no importa que me los dé si para ello tiene usted que hablar largamente, y me libera, por ese medio, de la horrible soledad á la que temo tanto. Tome un cigarro y haga los honores al whiskey.

Su tono era de tal modo persuasivo y resulto, que era imposible reñir con él. Además, su visible terror á quedarse solo, terror inevitable que sienten todas las víctimas del insomnio, apeló á mis sentimientos.

Mis negocios, por aquel entonces, no eran tan prósperos para desperdiciar la oportunidad que se me presentaba de poder hacer ingresar á mi clientela un paciente tan rico y dispendioso como aquel, así pues, no hice más objeción y al fin me determiné á permanecer hasta no darle explícitas direcciones para curar su falta de sueño por medio de ejercicios sistemáticos, baños, y una vida metódica y arreglada.

Encendí uno de sus *cheroots* que ciertamente eran excelentes, y al cabo de media hora me levanté para marcharme; pero mi extraño paciente me rogó con tal vehemencia que aceptase una nueva gratificación y permaneciese con él por más tiempo, que yo no tuve corazón para dejarlo.

Una idea me ocurrió entonces.
—Sólo con una condición me quedaré—dije—con la de que se acueste usted y me deje intentar algo, con el objeto de dormirlo.

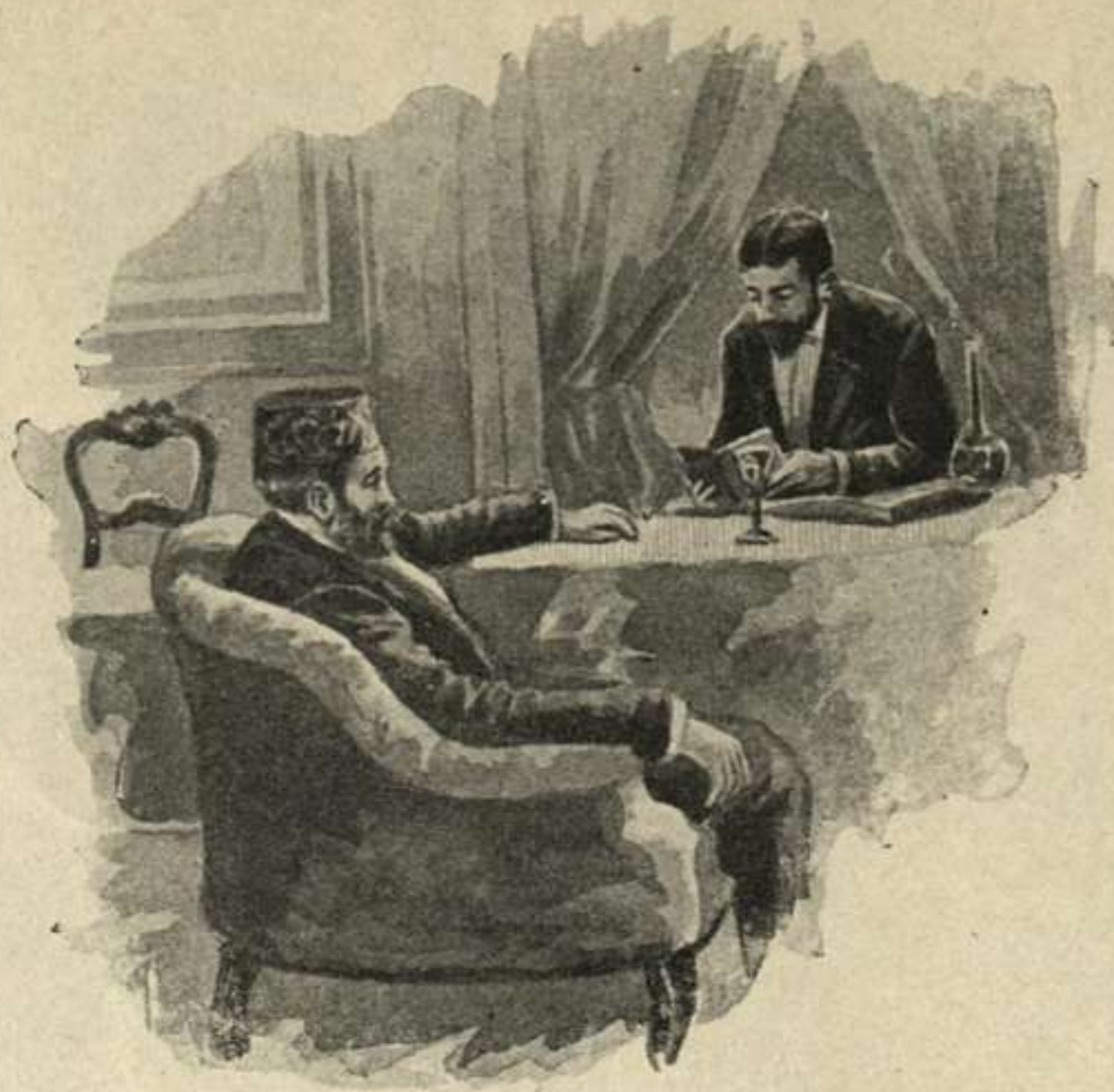
El accedió al punto, y arrastrando un canapé cerca del fuego, se acostó.

—Ahora—dijo—haré cuanto esté de mi parte por dormirle; pero antes necesito arrancar á usted la promesa de no dejarme sino hasta no haberlo conseguido.

—Consiento en ello—respondí.

Entonces comencé á leer en alta voz, con el mismo cansado y monótono tono que ya alguna otra vez había empleado en idénticas circunstancias y con feliz resultado. Al cabo de una media hora, y cuando me congratulaba ya del éxito de mi idea, el caballero se enderezó completamente despierto, y tomando de su cartera otro medio soberano:

—No debo olvidar su remuneración—dijo,—y se tendió nuevamente á lo largo del canapé, agregando:—Sírvase continuar, eso es delicioso.



Ya me sentía morir de sueño, y estaba más violento que nunca por volverme á casa, cuando mi paciente, levantándose de pronto, exclamó desesperadamente:

—Esto no servirá para nada.

—Sí que servirá—dije en tono seco. Y, continuando la lectura, no la suspendí sino hasta las dos de la mañana, hora en que mi paciente, que parecía haber ya entrado en calma, enderezóse de nuevo para remunerarme por cuarta vez.

El mal éxito de mi empresa me desesperaba, y estaba ya arrepintiéndome de haber prometido al caballero no dejarlo solo, cuando me sentí sugestionado por una nueva idea.

El narcótico que yo había preparado á mi llegada, y que rehusaba el enfermo, estaba sobre la mesa, delante de mí.

Ciertamente el caballero aseguró haber tomado cuantos narcóticos existen; pero difícilmente habría probado uno tan enérgico como este, y si yo lograba hacerle beber, el éxito sería seguro.

Como ya antes habíase rehusado á tomarlo de un modo tan terminante, no traté por esta vez de pedirle su consentimiento; así, pues, con el mayor cuidado posible, vacié la poción á una copa, sin suspender la lectura.

—Quizá otro vaso de whiskey lo confortará algo—dije, ayudándole á enderezarse y poniendo la copa en su mano;—tome usted. . . .

Obedeció sin la menor sospecha, y de un sorbo, se tomó toda una dosis que yo no me hubiera aventurado á dar á persona poco acostumbrada á tomar drogas.

Al cabo de un rato, comprendí que la poción comenzaba á hacer su efecto; mas no me levanté de mi asiento, sino cuando me convencí de que mi paciente no se movía, sumido ya en el más profundo de los sueños. Entonces me puse en pie; sin hacer el menor ruido me envolví en mi paletot, y poniéndome el sombrero después de apagar la lámpara, busqué en medio de la obscuridad el camino de la escalera, y me lancé á la calle.

Mientras caminaba hacia mi casa, no hice sino congratarme por haber tropezado con cliente tan envidiable.

Los cuatro medios soberanos sonaban armoniosamente dentro de mi cartera, y yo aun tenía tiempo suficiente para entregarme á un sueño reparador antes de comenzar el trabajo del día.

Mas la hora del descanso no había sonado para mí.

Al abrir la puerta de mi casa y echarme á caminar por los aposentos, una rápida ojeada me bastó para abarcar la verdadera situación. La casa había sido saqueada. Y mi amigo, el caballero del insomnio, era sencillamente el cómplice de una cuadrilla de ladrones, quien valido de este medio, habíame retenido lejos de mi consultorio, para dar tiempo á sus amigos de transportar á su casa todo el mueblaje de la mía.

Me lancé hacia la próxima estación de policía para dar parte del robo; el inspector me miró gravemente y dijo:

—Sin duda es fechoría de una cuadrilla de la que hemos tenido noticia desde hace varios días, y cuya madriguera ha sido imposible hallar.

—Pues bien—le respondí—creo que puedo llevar á usted á una casa donde encontrará, sin duda alguna, á un miembro de esa cuadrilla; y brevemente le referiré mi aventura con el personaje del insomnio.

El inspector sonrió con incrédula sonrisa.

—Debe ser, indudablemente, uno de ellos—dijo,—así como también el muchacho que llevó á usted el recado; pero no los hallaremos ya en la casa; nos encontraríamos con que había alquilado el cuarto por un día para abandonarlo en el instante mismo en que nosotros llegásemos á él.

—No dudo de que el plan fuera ese,—respondí;—pero sucede que he dado al caballero una dosis de narcótico tan excelente que, si el muy pájaro no está acostumbrado al abuso de las drogas, como pretende estarlo, bien pueda por esta vez dormir toda una semana. . . .

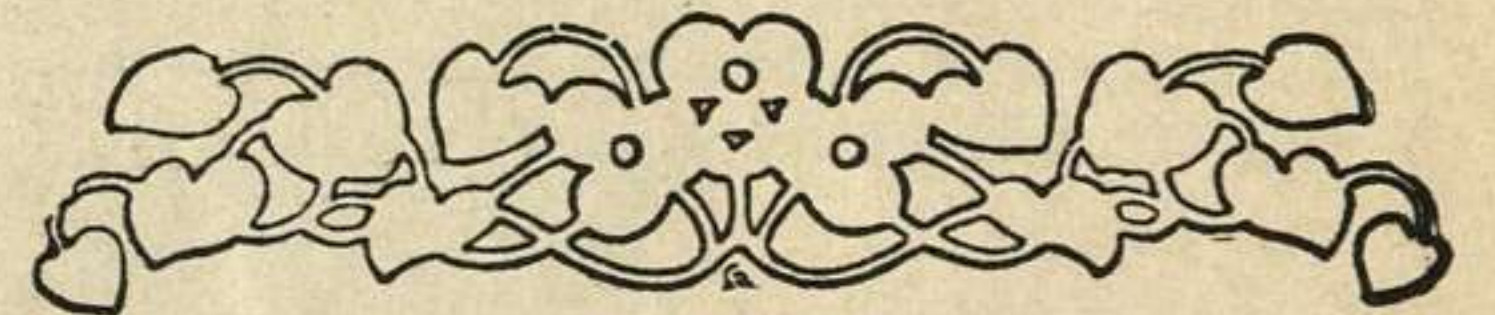
—¿Y lo encontraron ustedes?—preguntamos al doctor cuando hubo llegado á este punto de su relato.

—Sí,—nos respondió sonriendo discretamente.—Estaba en el mismo sitio donde yo lo había dejado, y, como lo suponíamos, era un conocido criminal. Con su arresto, vino el de toda la cuadrilla, y lo que era para mí de mayor importancia, la recuperación de mis muebles.

—A menudo me he sonreído—agregó—del maravilloso efecto de mi droga, llevando á feliz término y en tan cortos momentos, empresa semejante, para la que toda la policía de la Metrópoli, después de haber luchado por largo tiempo, habíase considerado impotente.

Ved si tuve razón para llamarla «El triunfo de la medicina.»

S. SHELVEY.



Flores de humo.

I

La estrella que me guiaba fugaz se aleja, cae sobre mí la noche callada, oscura, y con gesto sañudo, la desventura en mi frente su rastro sangriento deja.

Aun levanto los ojos hasta la reja donde vi los fulgores de su hermosura. . . . ay! me abruma la noche callada, oscura, y la estrella, impasible de mí se aleja.

De su altivez el alma jamás abjura; soy un vencido estoico, sin una queja bebo el trágico vino de la amargura; ya no miro la estrella ¡cuánto se aleja! cae la noche en mi alma, callada, oscura.

II

Cual mueren las funámbulas golondrinas al sentir del Otoño los besos fríos, bajo el hielo de su alma, los sueños míos, murieron, coronados de mil espinas,

No enredan trepadoras en mis ruinas, huyó la regia pompa de los estíos y su desdén—Otoño de vientos fríos—mata mis ilusiones—las golondrinas!

Por el gris horizonte de mis hastíos se alejan mis recuerdos—blancas neblinas—y mueren mis ensueños, mis desvaríos, tal como esas bohemias, las golondrinas al sentir del Otoño los besos fríos.

Guanajuato.

RAFAEL LÓPEZ.



EL HAMBRE



Tres noches recorriendo las laderas
Penumbrosas, selváticos follajes
Con greñudas malezas que se erizan
Como crines de bestias espantables.

Tres noches consumidas en ardiente
Ojeo, escudriñando matorrales,
En alto las orejas lanceoladas
Erecidas, como dos índices graves
Que señalan la sombra. Las pupilas
Brillantes con los brillos del esmalte,
Y los lomos hirsutos y la fiebre,
La fiebre ardiendo llamas en las fauces.

Así los lobos van por la ladera
Con fatigas y angustias en la carne,
Fundándose en la sombra como manchas,
Y desgarrando aullidos: ¡tienen hambre!

**

El torno, el grande horror de lo lejano,
De lo que nunca llega; el insondable

Mar de tinieblas y olas, y el desierto,
El desierto de tantas soledades.

El frágil bote cabalgando á tumbos,
Cabalgando en las olas espumantes.
A tumbos que son vértigos, crugiendo,
Crugiendo á cada golpe y sin velamen.

Abajo en el abismo, hondo murmullo;
Arriba en el abismo, quietud grave,
Y el bote como una ánfora de angustias
Perdido entre las dos inmensidades.

Los naufragos se ven, se ven con odio;
La aflicción arde en todos los semblantes
Como una llama verde, verde y pálida,
—Blandón sobre el altar de los desastres.—

Y rechinan los dientes y blasfeman,
Y maldicen al cielo imperturbable,

Del libro "De el Dolor."

Al negro cielo, indiferente, mudo,
Y se asechan con odio: tienen hambre!

**

El harapo es dolor, dolor mas triste
Porque cruza el asfalto de las calles
Como lágrima triste de la inopia;
Porque exhibe sus llagas y es cobarde.

El fausto de los próceres lo humilla,
Y humilde se resigna, herir no sabe,
Ni convertirse en rebelión, en ira,
En épica bandera de combate.

El harapo es más triste porque calla,
Los lobos aullan con dolor salvaje;
Los naufragos maldicen, y blasfeman;
Los harapos se arrastran: tienen hambre!

M. LARRAÑAGA PORTUGAL.

MI REINA DE LA FIESTA

Ultima poesía premiada en los Juegos florales de Cartagena.

Verás.... ¡Yo soy lo mismo
que aquel romero triste del alto de la sierra....
que aquel romero triste de pálidos verdores
y de áspera corteza
que, desmedrado y viejo,
da flores todavía, se viste en primavera
y todavía ofrece su néctar delicado,
que buscan las abejas!

.....
Qué! ¿quieres que haga versos?
¡Pues he de hacerte versos, y tantos como quieras!
Yo romperé mi lanza
luchando en el torneo brillante de las letras,
y venceré en la lucha para que tú sonrías....
¡para que tú lo veas!
Tú me verás intrépido: para lograr el triunfo
he de agotar mis fuerzas....
Tú me verás magnánimo tirar todo un tesoro:
¡el escondido y santo tesoro de mis penas!.....
Me voy haciendo viejo
como el romero triste del alto de la sierra;
¡pero aún me quedan flores y néctar delicado
que dar á las abejas!

.....
Yo lucharé, aunque sufra sangrando por la herida
que tengo en lo profundo del corazón abierta....
mas quédese en secreto, si alcanzo la victoria,
y *aqué!* y tú, sábedlo, sin que otro más lo sepa:
Yo quiero, si es que triunfo, que seas elegida
la reina de la fiesta,
y quiero que te elija, ciñéndose triunfante
mis lauros de poeta,
el mozo aquel que adoras,
aquel que en tus ensueños con tus amores reina.
.....

¿Que esto es un sacrificio?
¿Que acaso no me faltan amores que merezcan
de mi glorioso triunfo
la delicada ofrenda?
Verdad que no me faltan amores, que en amores
cifré mi vida entera;
pero los tengo lejos....
¡Tan lejos, que no aguardo que ya á mi lado vuelvan!...
se fueron una tarde de otoño en que las hojas
se desprendían sejas....
se fueron una tarde con sus azules ojos,
con sus miradas tristes, con sus sonrisas tiernas!....
Se fueron y no volver....
Ha tiempo que me espera
la niña encantadora de los azules ojos,
de las miradas dulces, de las sonrisas tiernas....
Ha tiempo que me aguarda... durmiendo eternamente
debajo de unas flores, mi reina de la fiesta!

VICENTE MEDINA.

Cartagena (España), Junio de 1899.

RIMAS.

A****

I

Es la noche: paloma, ¿por qué temes
Su densa obscuridad?
¡Aquiétate, la sombra se disipa
Como pasa con todo lo fugaz!

*

Duerme tranquila, velaré tu sueño
Que nadie turbará,
Hasta que el rayo de la luz hermosa
Te venga con su beso á despertar.

II

.... Ya ves cuánto gozaste: sonreía
Tu boca angelical!
Pláticame, paloma, los ensueños
Que te hicieron reír y no llorar!

*

.... Ya ves como la noche no es temible
Pues convida á soñar,
Y lo que juzgas ilusión, despierta,
Soñando se convierte en realidad.

III

¡Levántate, paloma! el sol que explende
Te devuelve la paz;
Ya no existe la noche que temías....
¡Bajo el auspicio de la luz estás!

*

Compara el Sol radiante con la noche,
¿Qué te deleita más:
Esa estrella que borra los ensueños,
O la noche que brinda el ideal....?

IV

.... Goza, paloma! cifro mi contento
En mirarte gozar;
¡Adoro el día porque no le temes
Y te devuelve la perdida paz!

*

... Languideces?... comprendo lo que sufres,
Tu pena calmará:
¡Próxima está la noche, no le temas....!
Otra vez con los sueños volverá....!

RICARDO SODI.

